

transición

economía
trabajo
sociedad

N.º 14 - Año II - Revista Mensual - Noviembre 1979 - 125 ptas.

J. Israel, Socialismo sueco y gran capital; M. Etxezarreta, España exporta capital; A. Estradé, J. A. Casado, El nuevo corporativismo; J. Puig, Tecnologías alternativas: ¿Marginación o integración?; etc.



En 1972, un delineante de Tortosa elaboró un mapa en castellano al que se habría de dar la máxima publicidad por la zona, siendo incluso patrocinado por algunas casas comerciales. El mapa en cuestión delimitaba el "Territorio de Tortosa" —Terra Alta, Ribera, Baix Ebre, Montsiá—, y lo hacía limitar al Sur con el País Valenciano y el Mediterráneo; al Oeste con Aragón... y por el Norte y el Este con Cataluña. Tradicionalmente, la derecha más reaccionaria de esas comarcas, acostumbrada al caciquismo más desvergonzado, veía con malos ojos a esa Catalunya del Norte industrializada, proletarizada, huelguista... Durante la Generalitat republicana hubo fuertes intentos para lograr la autonomía de la zona; una autonomía que en aquellos momentos tan sólo hubiese beneficiado a caciques y terratenientes. El apoyo de ciertas capas populares hacia tales iniciativas podía justificarse —o explicarse— entonces por las relaciones cuasi feudales que imperaban en su principal sector productivo, la agricultura. Pero en la actualidad, cuando esas relaciones se están transformando, cuando los caciques casi no pueden ejercer como tales, resulta inexplicable a los ojos de muchos el que gran parte del pueblo de la Regió d'Ebre vote a la derecha en las elecciones; una derecha poco amiga de la "Catalunya madre". (Y todavía les resulta más inexplicable a esos muchos el que también los grupos de izquierda más progresistas de este territorio vean con malos ojos a Barce-lunya.)

LA CATALUNYA DESCOLGADA

Tal vez la mejor explicación que pueda encontrarse a ese apoyo casi incondicional que las clases populares prestan a muchas de las iniciativas de la derecha local reside en el hecho de que las cuatro comarcas que componen el llamado Territorio de Tortosa, aún contando con grandes reservas de suelo potencialmente industrial, con abundante agua en el Ebro y sus últimos afluentes, con casi 100 km de playas susceptibles de ser utilizadas turísticamente, con energía y sol en abundancia, con petróleo incluso, con unos sabios agricultores productores de alimentos, aún con todo eso permanecen todavía, sobre todo en algunas zonas, en medio del subdesarrollo. A nuestro pesar, lo diremos con números: ocupando más de la mitad de la superficie de Tarragona, sólo un 33 % de la población provincial está asentada en este territorio. Y luego todo baja aún más: la Regió d'Ebre sólo tiene el 30 % de la población activa de la provincia, y tan sólo está localizado allí el 19 % del empleo básico. Y esa poca población que queda no lo pasa muy agradable: frente a una tasa media de analfabetismo en Tarragona del 7 %, en el territorio que nos ocupa la tasa se dispara desde un 8,5 % de la Ribera hasta un 14 % de Montsiá, y cuenta sólo con un 11 % de las camas hospitalarias disponibles en la provincia.

Regió d'Ebre, pariente pobre de Catalunya

ARTEMIO J. BAIGORRI

Mientras los menores de cinco años suponen un 12 % de la población de la comarca del Tarragonés (la que rodea Tarragona capital), el porcentaje en la Terra Alta es sólo de un 6 %. Esto se llama subdesarrollo y no "desequilibrios espaciales".

Este subdesarrollo (que siempre debe medirse en comparación al resto de Tarragona y Catalunya, pues como en la fábula siempre hay alguien que va detrás recogiendo rastros) ha unificado a esas cuatro comarcas, Terra Alta, Ribera, Baix Ebre y Montsiá, a pesar de las profundas diferencias existentes entre ellas mismas. Estas comarcas, que también son llamadas Veguería d'Ebre, a lo que más se acercan es a una Extremadura catalana. Las gentes del Ebro ven como sus hermanos catalanes de Barcelona despilfarran el petróleo cuya extracción está destruyendo su litoral, la electricidad y cuya producción los amenaza con la muerte nuclear; ganan altos sueldos, tienen todo tipo de comodidades, mientras ellos viven en el más completo abandono cultural, económico y social; carecen de muchos servicios imprescindibles en sus pueblos; los pequeños agricultores no pueden sobrevivir —a pesar de su larga y profunda experiencia cooperativa— con lo que cobran por sus productos, los pocos productos que pueden sacar de sus pequeñas explotaciones; los niveles de renta de obreros y trabajadores de la zona son dos veces y media inferiores a los trabajos equivalentes o a niveles profesionales equivalentes en el área metropolitana de Barcelona —y ya está suficientemente demostrado hoy día que no es más barato vivir en un pueblo—; sus costas, a pesar de ser perfectas, no han sido utilizadas para el turismo, con todo lo que ello habría acarreado; el caciquismo, provocado por la estructura de propiedad de la tierra, totalmente latifundista —salvo, muchas afectadas por un minifundismo igual

de lamentable—, llega a extremos inimaginables en esa Catalunya moderna y europea cuya capital es Barcelona.

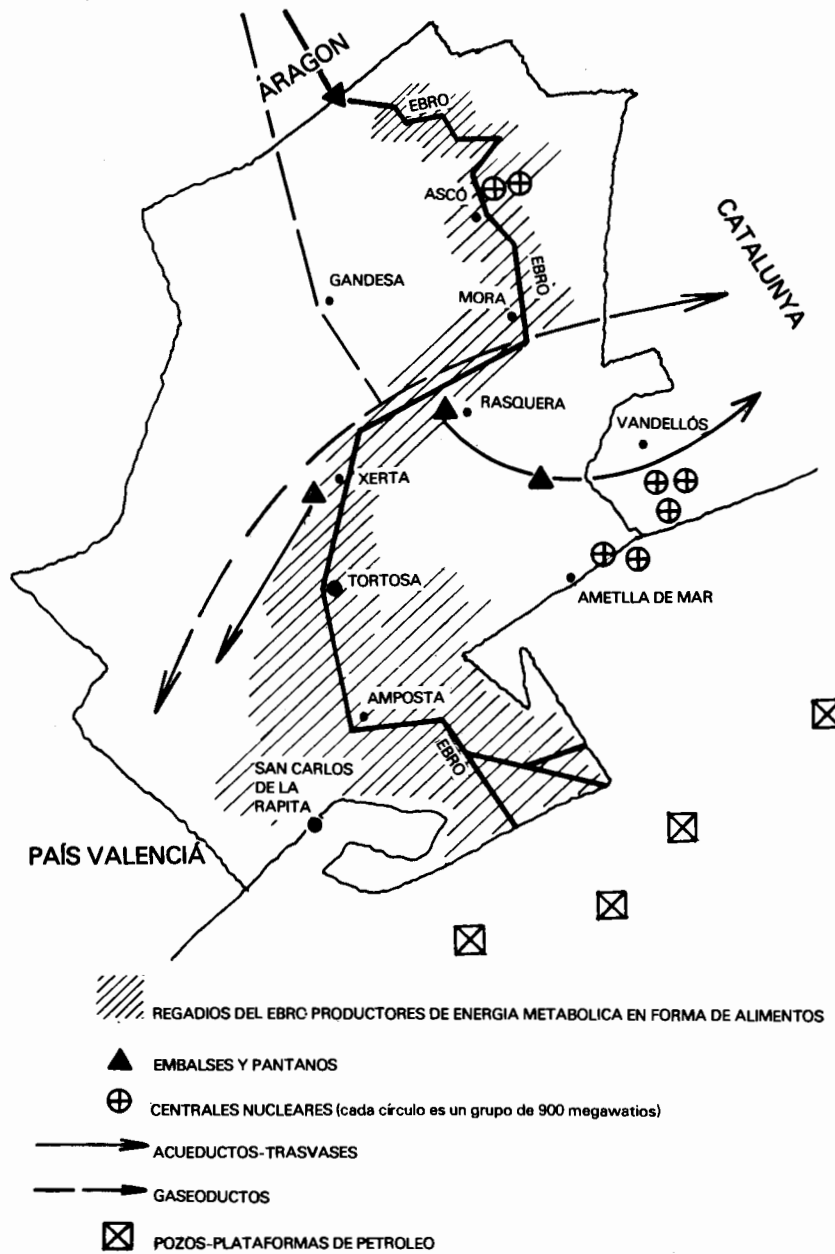
En estas condiciones, no es de extrañar el grado de despoblamiento que en los últimos años han alcanzado estas comarcas, tan sólo comparable con el de Galicia o Teruel. No es de extrañar que en la Catalunya de los años 70, receptora de millones de emigrantes —y todavía receptora de miles— existan lugares de donde cada año cientos de jornaleros parten, camino de Francia, en busca de unos cuantos jornales recolectando uva o remolacha; o que la totalidad de los polígonos "industriales" creados inútilmente en los últimos años estén todavía con una disponibilidad de casi el 100 %, con excepción del de Flix. Y no es de extrañar que los pobladores de estas comarcas hayan acabado viendo a Barcelona como una mala madre.

EL PARQUE ENERGETICO

Dentros de las relaciones coloniales entre espacios centrales y periféricos, el Camp de Tarragona, con la petroquímica y el puerto de aguas profundas, se muestran como la primera periferia de la centralidad catalana, Barcelona. Pero a su vez la Tarragona del Ebro se configura como una periferia de la propia Tarragona, constituyéndose así en la segunda periferia de Barcelona. Rural y subdesarrollada, es objeto de un brutal colonialismo del espacio y los recursos naturales que se materializa primordialmente en tres frentes, todos ellos de carácter energético y básicos para cualquier economía. El trasvase, que expoliaría el agua de la Veguería para llevarla a la petroquímica de Tarragona, cada vez más sedienta, y luego a Barcelona, sería un primer frente. La explotación del Delta como abastecedor

ESQUEMA GEOGRAFICO DE LA SEGUNDA RESERVA ENERGETICA DEL VALLE DEL EBRO.

* La primera es el bajo Aragón



de arroz, frutas y hortalizas, de pescado y ahora también de petróleo —hasta el punto de hablarse de la creación de una minipetroquímica en Amposta, aunque es un proyecto inviable—, sería el segundo frente. Pero el frente de explotación de la Veguería más importante, y que a la larga más desastroso puede resultar al pueblo catalán, es aquel por el que se está convirtiendo a aquella zona en un parque energético del que Tarragona y Barcelona extraerían energía pura en forma de kilowattios nucleares. Dos centrales en Ascó, otras dos en la Ametlla y tres en Vandellós son la clave. En mayo de 1972 entró en servicio la tercera nuclear que se instalaba en el Estado espa-

ñol. Se enclavó en Vandellós, a 12 kilómetros de la Ametlla, que es el primer pueblo de la Veguería según la delimitación de Baynerri ya citada. De tecnología francesa, su potencial es de 500 megawattios. En 1974, cuando la todopoderosa FECSA anuncia su intención de construir dos grupos nucleares en la Ametlla, además de otros dos en Vandellós, los pescadores del primer pueblo, que ya se habían enterado de lo que se jugaban, se opusieron a ambos proyectos e iniciaron una actividad incansable que después de cinco años continúa, para llamar la atención sobre la amenaza que aquello representaba para sus economías. Mientras tanto, en Ascó se venía construyendo

desde 1972, sin autorización, otro grupo nuclear, que hace tan sólo un par de años se vería multiplicado por dos, siempre sin autorización, y sin haber terminado aún el primero. Y Miguel Redorat, el cura de Ascó, venía ya trabajando en la concienciación de sus feligreses hacia el peligro que corrían. De entonces acá, las cosas han cambiado mucho. En la Ametlla se han realizado estudios de investigación biológica y oceanográfica, y las acciones antinucleares se han generalizado por doquier. En Ascó los antinucleares se hicieron el año pasado con el Ayuntamiento, siendo refrendados popularmente en las elecciones de abril de este año, y han tenido a lo largo de los últimos años al Gobierno Civil de Tarragona en un verdadero aprieto, y a FECSA totalmente atemorizada. Las comisiones de afectados se extendieron por prácticamente toda la Veguería, y multitud de grupos han hecho suyas las reivindicaciones de los hasta hace poco exiguos grupos antinucleares. Aunque sigan existiendo parlamentarios de izquierda que se han declarado partidarios de la nuclearización del Ebro; y aunque Tarradellas esté intentando por todos los medios a su alcance descafeinar los comités de defensa.

Pero las eléctricas y su gobierno no han bajado la guardia. Aunque, como parece probable, en el Plan Energético definitivo desaparezcan los proyectados grupos de la Ametlla, la Veguería, cuatro comarcas que en total no alcanzan los 3.000 km², quedará reducida a ser una zona semidesértica donde se concentrará toda la producción de energía nuclear de Catalunya, con una potencia total de más de 4.000 megawattios, a los que habría que sumar 2.000 más si las centrales de la Ametlla llegasen a ser construidas.

Con los 100.000 millones largos de pesetas que hasta ahora se han invertido en la zona en menesteres nucleares podían haberse realizado todos los regadíos posibles, todas las reformas agrarias posibles, y aún quedaría dinero para colocarle al director general de FECSA, delante de su casa, una pequeña central de 500 megawattios como recuerdo. Podrían haberse creado no menos de 50.000 puestos de trabajo, aunque la General Motors no sea capaz de crear más que 10.000 con esa misma inversión.

EL TRASVASE COMO DETONADOR

Si la cuestión nuclear ha dado al traste con muchos de los esquemas que cierta izquierda tiene prefabricados para cada ocasión, la polémica sobre el trasvase del Ebro fue el detonador que provocó una aguda conciencia antibarcelonista entre las gentes del Ebro, y rompió a su vez muchos esquemas de los nacionalistas catalanes.

En 1974 fue cuando surgió la polémica sobre el trasvase del Ebro, y desde entonces el tema ha sido tratado hasta la saciedad.

Una Barcelona descomunal y en vías de ir aumentando en descomunalidad, después de un par de prolongadas sequías —de esas “pertinaces” que sólo ocurrían con Franco—, se veía tiroteada todos los días desde los medios de información, controlados por la oligarquía, sobre la necesidad de agua que el gran monstruo iba a tener en poco tiempo, si no se hacía algo para remediarlo. El trasvase de aguas del Ebro, desde Rasquera, en la comarca de la Ribera, parecía ser el único remedio para esa hipotética sed. Entre Rasquera y Barcelona, un complejo petroquímico instalado en Tarragona de la forma más irracional por intereses especulativos de los propietarios de terrenos, comenzaba también a verse amenazado por la falta de agua dulce. En 1971, cuando se instaló la refinería que Tortosa quería para sí, ya se había advertido que terminaría surgiendo el problema del agua. Se sabía que los recursos máximos del Camp de Tarragona no alcanzaban los 90 Hm³ de agua anuales. En estos momentos, el consumo sobrepasa los 115 Hm³, y el problema se va parcheando a base de expoliar de los acuíferos subterráneos el déficit anual, conscientes de que a no tardar el acuífero terminará agotándose. Sabiendo todo esto como se sabía, era de esperar que el surgimiento del tema del trasvase habría de exasperar a las “fuerzas vivas” del “Territorio de Tortosa”.

Pero no eran simples razones de orgullo comarcal lo que movieron la lucha anti-trasvase en la Veguería. El trasvase del agua del Ebro, por el contrario, constituye todo un frente de expoliación. No vamos a insistir en la relación trasvase-nucleares, en la justificación de las nucleares que supone el trasvase en sí, porque el tema ya lo ha tocado en alguna medida Transición⁽⁺⁾. Hablaremos de los otros cascós de ese caballo de Atila.

Entre la Ribera, Baix Ebre y Montsiá, el Ebro riega en la actualidad casi 35.000 hectáreas, que suponen la más importante despensa de Tarragona y la segunda de Catalunya. Si el trasvase llegara a realizarse, cualquiera de los muchos años de poca lluvia —no haría falta llegar a la sequía— que se padecen en la península, el Ebro sería incapaz de suministrar, una vez descontado el caudal preciso por Tarragona y Barcelona, los aproximadamente 350 Hm³ que esas tierras necesitan para seguir siendo productivas. Si, como pretenden las oligarquías catalana y aragonesa —representadas por sus respectivos “presidentes”—, el trasvase se termina haciendo a cambio de que también se realicen los regadíos del Alto Aragón proyectados desde 1915, las 35.000 Has. de regadío de la Veguería no verían una gota de agua ni en los mejores años de lluvias. En cualquier caso, con regadíos de Aragón o sin ellos, el “culo de Catalunya” debería despedirse tanto del proyectado canal Aldea-Camarles como de otros posibles nuevos regadíos.

La Ribera d'Ebre cultiva cerca de 1.000 hectáreas de hortalizas, más de 1.300 Has de manzanos, perales y melocotoneros, y varios miles de Has de cereales, patatas, pastos y otros alimentos en las márgenes del río. Si el trasvase llegara a hacerse según el proyecto original —que ha sido variado sustancialmente—, toda esa riqueza desaparecería de la faz de la tierra, anegada por el agua de los pantanos que habría que construir. Se acabaría con la segunda zona frutera de Catalunya.

La realización del trasvase supondría, en fin, una acusada disminución de los aportes de agua dulce al Delta, con lo que la elevación de la capa freática sería irreversible, y con ello la progresiva degradación de los terrenos que con trabajo de siglos han sido ganados al mar.

Todas las gentes del Ebro se opusieron, pues, en bloque, cuando el tema del trasvase salió a debate, desde las fuerzas más reaccionarias hasta los entonces ilegales partidos de izquierda. En abril de 1974, el Ayuntamiento de Tortosa y otros 32 ayuntamientos y entidades del Baix Ebre presentaron un escrito de alegaciones, en oposición el anteproyecto. Hoy, aunque debilitada por Tarradellas, la oposición sigue. Pero quien en su día se aprovechó políticamente del asunto fue la derecha. Los caciques y caciquillos locales eran quienes figuraban siempre, quienes se entrevistaban con los caciques provinciales y estatales, mientras los grupos de izquierda debían permanecer en el anonimato, lanzando octavillas. Y fueron los caciques quienes, por todo “premio” a sus “desvelos”, lo que consiguieron fue un nuevo trasvase, el de Xerta-Calig. Sin que se procediese previamente ni siquiera a hacer la reserva legal del caudal que preveían necesario, 40 metros cúbicos por segundo, se iniciaron las obras, buscando una aprobación por hechos consumados. Según el MOP (hoy MOPU), el canal se hacía para dotar de nuevos regadíos al Baix Ebre y Montsiá; pero el destino último del agua trasvasada es el País Valenciano.

“LA SAL DE LA TIERRA”

Y queda por ver el tercero de los más importantes —que desde luego no son los únicos— frentes de expoliación de la Veguería d'Ebre: el Delta. Allí se concentran casi todas las contradicciones del sistema. Hasta hace cien años, el Delta era una marisma misteriosa, peligrosa e infecta. Desde que hace cien años comenzaron a construirse los canales de las dos márgenes del Ebro, y llegaron numerosos colonos valencianos a cultivar intensivamente el arroz que ya desde tiempo atrás unos frailes cultivaban en su huerto, el Delta se ha convertido en un vergel. Pero desde hace unos pocos años ha entrado en un proceso que puede conducirle a su total degradación e incluso desaparición absorbido por el mar que lo

creó. Si el trasvase del Ebro llegara a hacerse, el proceso se aceleraría notablemente.

Generaciones de trabajadores que sabían usar del agua de los ríos aprovecharon la del Ebro para quitar la sal a unas fértiles tierras que se habían ido formando a lo largo de varios siglos con los aportes sólidos —limo— del mismo río: el arroz, que precisa muchas regaduras que hacen el efecto de lavado haciendo bajar la capa freática, ha sido la clave. El problema consistía en que habían acabado con “la sal de la tierra”, pero en provecho de otros, los amos de las tierras, por los que eran explotados. La zona del Delta es la más típicamente latifundista de Catalunya.

Ahora, el Delta produce más de 30 millones de kilos de arroz anuales, más de 15 millones de kilos de alcachofa, unos seis millones de verdura, unos dos millones de kilos de tomate, ocho de melón y sandía, más de dos millones de litros de leche... A ello hay que añadir que allí —por el microclima que crea el tipo de turbulencia que resulta de la mezcla de aguas saladas y dulces —nacen la mayor parte de las sardinas que se pescan en las costas catalanas y de Levante, y los maravillosos y nutritivos mariscos que se venden en San Carlos de la Rápita, anguilas y succulentas angulas. En la zona lagunar, Isla de Buda y península de los Alfacs pueden encontrarse en otoño y primavera las más raras especies de aves del planeta, así como una típica vegetación de playa mediterránea que ya no puede encontrarse en casi ningún otro rincón del mar. Con todo esto —y con las gentes del Delta— están acabando los amos y los planificadores.

Los “planificadores” iniciaron su obra destructiva con el pantano de Mequinenza (Zaragoza). Además de arruinar a varios pueblos aragoneses y de robarles la electricidad producida por el pantano, la deposición que de su carga sólida hacen en el pantano las aguas estancadas hacen que los aportes de limo que el Ebro llevaba hasta el Delta hayan disminuido notablemente en los últimos años, de forma que el Mediterráneo está recuperando, lentamente, el espacio perdido. El encantador faro de Buda se encuentra ya centenares de metro mar adentro.

El desmesurado y despilfarrador aumento del consumo de agua río arriba ha conducido a que los aportes de agua dulce hayan disminuido drásticamente, con lo que la capa freática se eleva irremisiblemente haciendo la lucha contra la sal cada vez más difícil. Hay años que el agua salada llega ya, en el verano, hasta Tortosa.

La contaminación a que el río se ve sometido a lo largo de su recorrido en poco beneficia a la supervivencia del Delta como reserva ecológica. Y a la contaminación industrial debe sumarse ahora la producida por abonos, herbicidas e insecticidas, así como la producida por las plataformas petroleras instaladas a pocos kilómetros de la

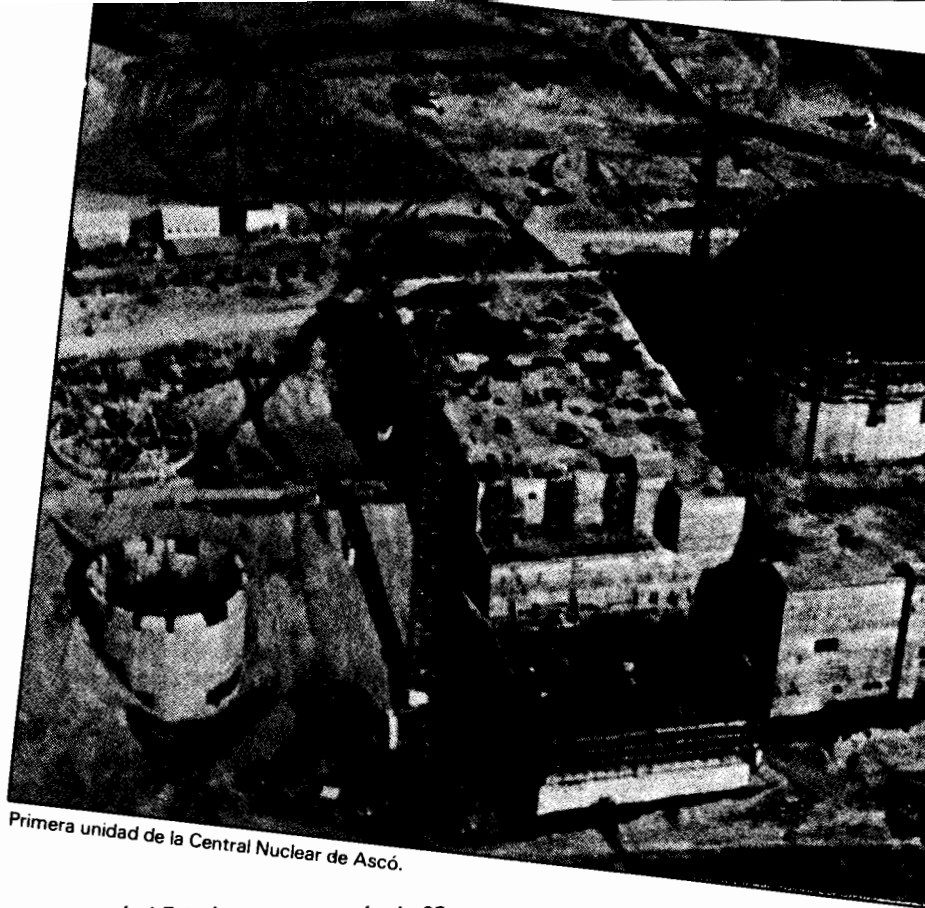
costa. De realizarse el trasvase, el Delta se convertiría en un estercolero.

Pero el verdadero expolio está en proyecto, y si ahora es irrealizable por falta de rentabilidad para semejante inversión, será factible a poco que Barcelona siga creciendo y la sociedad de consumo termine con un alimento subdesarrollado pero completo, como el arroz, para pasar a consumir masivamente hortalizas de primor pero sintéticas, como las que ya se están cultivando en parte del Delta, y cuya producción y distribución precisa de diez veces más energía de la que aportan al ser ingeridas por el ser humano.

El cultivo de hortalizas de primor totalmente naturales era tradicional en el Delta desde tiempo atrás, en los terrenos más antiguamente ganados al mar, esto es, en los huertos cercanos a los pueblos. La inversión en trabajo que la hortaliza precisa sólo hacía posible su cultivo a los aparceros y medieros, y a algunos pequeñísimos agricultores propietarios, así como a algunos latifundistas que podían encontrar en la zona muchos jornaleros baratos.

Pero desde que hace unos 25 años unos comerciantes franceses trajeron las primeras lechugas (primero la Trocadero, luego la escarola francesa y al fin la escarola rizada española) hasta hoy las cosas han cambiado. En estos momentos, y desde que los grandes latifundistas de la zona aprendieron de los yanquis, en lo que mejor puede pensarse para hacerse una idea de cómo está parte del Delta es en cualquiera de las repúblicas bananeras de centroamérica, donde la United Fruits y otras multinacionales de la alimentación queman las tierras en pocos años consiguiendo inmensos beneficios a cambio de la miseria de los autóctonos. Se importan semillas de California y Australia, de una variedad (la Iceberg) que procede de la región de los Grandes Lagos y de la que se han conseguido cuatro subvariedades para las cuatro estaciones; se cultivan y recolectan de forma totalmente mecanizada y a base de grandes cantidades de abono, herbicidas e insecticidas; se congelan y deshidratan en parte mediante costosas tecnologías sólo accesibles a los latifundistas; se envían a Alemania en avión, y desde allí la American Fruits las distribuye a toda Europa. Naturalmente, el poder cultivar lechugas precisa de un costoso y despilfarrador sistema de control de la salinidad. Y es en base a este modo de producción de alimentos que los grandes propietarios tienen en mente desde hace años el faraónico proyecto de desecar el Delta por completo y dedicarlo al por ahora rentable cultivo de la lechuga en las relatadas condiciones.

Hace unos 15 años, el que fuera todopoderoso comarcal, y valedor de los latifundistas, el latifundista Joaquín Bau, consiguió de los ministros de Franco su apoyo para el proyecto, que, subvencionado por el IRYDA, es estudiado por unos ingenieros holandeses (sólo los planos, que natural-



Primera unidad de la Central Nuclear de Ascó.

mente pagó el Estado, costaron más de 25 millones de pesetas). Se trataba de construir un gigantesco muro siguiendo toda la costa del Delta, sobre el cual iría una carretera. Paralelo al muro iría un canal de desagüe, al que irían a parar todas las aguas, que habrían sido recogidas por tuberías enterradas y luego bombeadas. Sin contar con los inconvenientes técnicos de la obra (entre ellos que a unos tres metros de profundidad en muchos puntos del Delta hay arenas movedizas que tragarían los tubos, que habría que ir reponiendo cada varios meses) la obra suponía un despilfarro energético y, sobre todo, económico. En estos momentos, el coste por hectárea de la "mejora" casi alcanzaría las 100.000 pesetas, a las que habría que sumar unos 30.000 pesetas anuales de mantenimiento.

Naturalmente, en la misma estrategia el proyecto de "saneamiento" iría acompañado de la urbanización de las reservas ecológicas del Delta.

Afortunadamente, la falta de medios y la oposición de los pequeños y medianos agricultores va a hacer irrealizable este proyecto, pero en parte ya lo están haciendo por su cuenta, desde hace años, los latifundistas, insensibles al riesgo que ello supone para el Delta.

¿TIRANDO HACIA ARAGON?

Es indudable que, como interesaba a la derecha, en el asunto del trasvase el pueblo de la "quinta provincia" catalana se sentía más hermanado con Zaragoza, donde la lucha contra el trasvase revistió características ejemplares, que con Barcelona, que quería quitarles el agua de la que viven. Y el pro-

blema más grave es que, aunque el trasvase parece ya, hoy día, de muy difícil realización según el primitivo proyecto (pues un minitransvase sí que es casi seguro que se hará, primero hasta la petroquímica de Tarragona— que, en una jugada maestra, ha conseguido la alianza de los campesinos del Camp a los que primeramente robó el agua de sus pozos— y luego hasta Barcelona), la revitalización del enfrentamiento entre las comarcas del Ebro y el resto de Catalunya ha sido operada con éxito.

Durante la dictadura de Primo de Rivera, cuando la zona estuvo a punto de convertirse en provincia aragonesa, uno de los más reaccionarios políticos locales, Joaquín Bau (cuyo hijo, ya citado, habría de ser después, en otra dictadura, también político), popularizó la frase "Ni catalans ni valencians". Las alegaciones que se hacían —y se siguen haciendo desde la derecha— para defender la consigna eran de lo más variado, de lo más rebuscado y amañado. Desde el centralismo dictatorial de Barcelona, pasando por las grandes relaciones comerciales que existen con Zaragoza y el Bajo Aragón, hasta la hegemonía del "dialecto del Ebro", más hermanado, según aquellos políticos, con el "chapurreau" aragonés que con el catalán propiamente dicho.

Pero las razones profundas que tanto entonces como ahora guiaban a tales políticos eran muy otras, y andan muy relacionadas con la cuestión de Navarra y Euskadi. Los grandes propietarios, absentistas, del Ebro, ven en Barcelona, como los caciques navarros en el resto de Euskadi, el peligro de un



germen revolucionario desde donde puede llegar el fin de sus prebendas medievales. Por el contrario, una federación con Aragón, donde la burguesía está asentada con más fuerza, y, sobre todo, donde la burguesía está también compuesta en gran parte por la gran propiedad agraria, les reportaría grandes beneficios, el primero y más importante de los cuales sería el de su perpetuación.

En cualquier caso, los campesinos del Ebro catalán desde antiguo han venido mostrando relaciones extraordinariamente amistosas con los aragoneses. La desaparecida línea ferroviaria La Puebla de Híjar-Alcañiz-Tortosa, por la que tanto han clamado aragoneses y catalanes, antes de su apertura por no existir, y por lo mismo después de que la RENFE decidiese unilateralmente cerrarla, da buena prueba de ello. Incluso durante su permanencia en servicio, las gentes del Delta clamaban porque la línea llegase hasta Amposta, a lo que la RENFE nunca quiso acceder. Si bien su cierre constituyó una grave e imperdonable torpeza (aunque no mucho más torpe que la generalidad de actuaciones de la RENFE), por el hecho de acabar con una línea de comunicación ferroviaria que, cara al futuro, se presenta como mucho más rentable que una autopista e incluso que una carretera, su defensa por estos políticos a los que hacíamos referencia se inscribe en esa misma estrategia de acercamiento a Aragón y alejamiento de Catalunya. Aún en los años 70,

Joaquín Bau padre, que con Franco llegó a presidente del Consejo de Estado e incluso a alcanzar el título de Conde, recomendó insistentemente a la RENFE que mantuviese viva la línea. Pero en septiembre de 1973, después de la muerte del "insigne valedor", RENFE hizo primar sus intereses comerciales y su torpeza y clausuró la línea.

¿QUE PUEDE HACER LA CATALUNYA RICA E IMPERIALISTA PARA QUE LAS GENTES DEL EBRO SIGAN SINTIÉNDOSE CATALANES?

Dicen que cada cara tiene su culo. Y si Barcelona, esa Barcelona mítica y tópica, cosmopolita, revolucionaria, es la cara de Catalunya, esa Catalunya objeto de admiración, la Terra Alta, la Ribera, el Baix Ebre, Montsiá, esas comarcas que constituyen el "tercer mundo" catalán que la derecha quiere capitalizar, son lo que podríamos llamar el culo de Catalunya, de la Catalunya burguesa e imperialista... Es la dialéctica del desarrollo desigual.

Indiscutiblemente, hasta hoy todas las acciones antibarcelonistas —en el fondo anticatalanas— realizadas en la Veguería tenían un carácter reaccionario, como ha quedado suficientemente demostrado. Pero hoy cualquier forma de nacionalismo —sea en la

proporción espacial que sea— puede ser objetivamente, según la dirección que siga, revolucionario. Por ello no debería extrañar que a no tardar surgiesen en estos territorios movimientos "anticatalanes" que no buscarían el contacto con Aragón sino la autonomía dentro de Catalunya. En realidad, ya prácticamente toda la izquierda de la Veguería es de esta opinión. Para los más progresistas, en inferioridad de condiciones respecto a la derecha, existe plena conciencia de que "la Región del Ebro es una unidad diferencial dentro del marco de Catalunya, y por ello está claro al mismo tiempo que Tortosa es una realidad viva y fundamental dentro del pueblo catalán". Estos grupos, totalmente opuestos a la capitalidad de Tarragona, propugnan la creación de una quinta provincia dentro de Catalunya, "cuya capital estaría sin duda en Tortosa". El hecho es que a lo que están dispuestos es a controlar sus recursos, y a terminar con el colonialismo barcelonés que los ha convertido en una reserva de mano de obra —aunque pronto ni eso quedará—, de agua, alimentos baratos y electricidad.

Si Catalunya quiere que las gentes del Ebro catalán sigan considerándose catalanes, será la propia Barcelona quien, a través de la Generalitat, deberá emprender las acciones tendentes a conseguirlo. Naturalmente, la solución es impensable fuera del socialismo, de ahí que la izquierda catalana deba entender en su justa medida las ansias de autonomía y de liberación de los territorios del Ebro. La mejor manera de demostrar a estos territorios que siguen siendo catalanes es hacer que vivan como tales, dotándolos de los instrumentos de desarrollo adecuados, esto es: iniciando un plan de reforma agraria en el Delta, de forma que al repartir las tierras se acabe con la explotación industrial de la tierra y su destrucción, ya que a los pequeños y medianos agricultores sigue interesándoles el arroz, y la hortaliza sólo para rotación de cultivos, con lo que la capa freática seguiría manteniéndose en los 45-50 cms de profundidad deseable; parando la nuclearización de la zona; creando puestos de trabajo primarios, sobre todo en la Terra Alta, donde la despooblación es ya desertización; y, sobre todo, iniciando las transformaciones estructurales precisas para que el trasvase se haga innecesario. O, mejor que todo esto, que les pregunten a los interesados qué es lo que quieren a cambio de seguir siendo catalanes. 150.000 habitantes quedan en un territorio de unos 3.000 km cuadrados. De ellos, más de 20.000 componen las familias de los 5.000 jornaleros que siguen existiendo y malviviendo en la zona. Si la futura Generalitat como gobierno autónomo se descuida y no salva aquel territorio, es posible que en poco tiempo no quede allí nadie para poder atestiguar siquiera que aquello fue una región catalana.

(+) ver Transición n.º 5: José Luis Fandos, Tránsito del Ebro y Centrales Nucleares.